



~~23~~

Leg 12 Part 1

~~125~~

934

INFLUXO

DE LAS COSTUMBRES EN EL ESTUDIO Y PRÁCTICA DE LA MEDICINA.

ORACION INAUGURAL,

QUE, EN EL REAL COLEGIO DE CIRUGÍA-MÉDICA DE SANTIAGO
en 1º de Octubre de 1819,

PRONUNCIÓ

EL DOCTOR D. JOSÉ FRANCISCO PEDRALBES,
*Médico honorario de Cámara de S. M. (que Dios guarde) Titular del
Ilustrísimo Cabildo de la S. A. M. I. de Santiago, Socio de la Real Aca-
demia médica de Madrid, Exâminador en la Real Subdelegacion de Me-
dicina establecida en esta Ciudad, Catedrático de Medicina Teórico-
práctica en el precitado Real Colegio de la misma &c.*

Y la dedica á su hijo D. JOSÉ LEANDRO, Cursante de Medicina
en la Real Universidad de
SANTIAGO.

CON SUPERIOR PERMISO.

En la Imprenta de D. JUAN BAUTISTA MOLDES.
Año de 1819.



HTCA
U/Bc LEG 12-1 nç934

1>0 0 0 0 4 7 6 7 0 6

(2)

SEÑORES:

La probidad y la ilustracion se honran mutuamente, y tienden siempre á unirse por una afinidad que les es natural. Y este enlace dichoso, que perfecciona todas las ciencias, lo reclama con mas derecho la Medicina como que es la mas amiga y consoladora del hombre. Por de pronto nadie duda, que los progresos en esta facultad y sus ramos exigen y arguyen talento, aplicacion, y genio: pero no todos advierten que para su estudio y práctica sea tan indispensable la rectitud del corazon, y la pureza del alma, como el buen caudal de exáctos y variados conocimientos. Asi pues todo el empeño de este discurso será el presentar la íntima conexi6n, que debe haber entre las ideas y las acciones, entre las luces y los sentimientos del que aspire á ser Médico sabio y honrado, que es el Médico perfecto: evidenciando de un modo positivo é indudable, el verdadero influxo de las costumbres en el estudio y práctica de la Medicina.

(2)

Aquella preciosa ciencia, que se dedica al bien del hombre, solo debe confiarse al que es hombre de bien: pues, á la manera que el agua, desmerece y pierde aquel quando va por mal conducto. El sol, el mismo sol disminuie su brillo y hermosura, cuando le miramos por entre densos nubarrones: y sus luminosos rayos aumentan la claridad, cayendo sobre una tersa blancura.

Sentemos como un principio, que la parte moral del hombre forma lo mas importante de su ser. El que no tiene moralidad, no puede preciarse de ninguna perfeccion; pues las que ostenta son vanas, aparentes, y engañosas. Las ciencias, que no estriban en las buenas costumbres, son temibles, son perjudiciales. Sin estas, los talentos extraordinarios son un médio de arruinarse con mas ostentacion, y de hacerse odiar con doble motivo. Por qué el hombre inmoral no es mas que sabio á medias; ó, por decirlo mejor, no es sabio, sino monstruo; pues las luces de su entendimiento se contradicen con los impulsos y movimientos de su corazon. La bondad en este, y la discrecion en aquel, constituyen el equilibrio natural, ó la verdadera salud del alma.

Nunca jamas deberá llamarse Médico, el que en sí no ofrezca como un centro de union de todos los conocimientos, y de todas las virtudes, como lo deseaba M. Fabio Quintiliano en sus ora-

(3)

dores de Roma, y se exígia, segun Eschines, en los de Grecia.

Felizmente á poco que se profundice la ciencia Médica, basta su estudio á persuadirnos, y enseñarnos, que conviene ser virtuosos; y tocamos palpablemente que no se puede egercer aquella facultad, sin practicar continuos actos de virtud. Bajo este mismo orden, que es el de la naturaleza, queda sentada la proposicion, y establecidas las secciones del discurso, que comienzo.

SECC. I.

La humanidad, dice Phocion, es la base de toda virtud: y el bien, y consuelo de la humanidad es el objeto de la Medicina; las dos tienden á un fin; no puede ser mas estrecha su relacion, conviniendo hasta en los medios de conseguir, y solidar la felicidad de los mortales. Por esto sientan algunos que, entre las ciencias, son preferibles la Moral, y la Medicina: por qué aquella cuida de nuestra alma, y ésta de nuestro cuerpo, que es todo lo que necesitamos.

Pero, si bien se advierte, la Medicina cuida de ambos, y abraza la Moral, que es la regla de las acciones, ó el arte de la virtud; pues los principios de esta, se fundan en aquellas. El estudio, que el Médico hace del hombre, no se li-

(4)

mita al de sus músculos, y entrañas; llega hasta el mas completo análisis de su espíritu y corazón. Por esto divide sus elementos, contempla sus órganos, examina sus funciones, cuenta sus fibras, calcula sus fuerzas, indaga sus aptitudes, valúa las sensaciones, pesa las ideas, los juicios, el instinto, y la razón. Nada escapa á su ojo indagador, que lo fixa, y sigue desde antes de su formación en el útero, hasta volver á confundirse con el polvo, de donde lo mandó salir la Divina Omnipotencia.

El es, el que ve nacer á todos igualmente necesitados, débiles y desnudos; y ve que todos mueren igualmente sujetos á la misma inviolable ley de la naturaleza. El es, el que ve y toca, que no se corrompe, ni se disuelve menos pronto el cadáver del potentado, que el del mendigo: y que no tuvo mas órganos, ni mejores, el cuerpo del amo que el de su criado; Que lección práctica de humildad no le enseña en esto la Medicina! ¿Puede haberla ni mas sólida, ni mas convincente, ni mas análoga á la sublimidad del Evangelio Santo, para mirar á todos los hombres como hermanos, sin excepcion de personas?

En ningun sitio se puede estudiar, y conocer mejor al hombre, que en la escuela donde se analizan sus principios, sus necesidades, sus funciones, sus progresos, su estado, su perfecti-

(5)

bilidad, su retrogradacion, sus menoscabos, sus vicios, sus debilidades, sus defectos, sus males, y su desaparicion de entre los vivos. Aquí es donde se convence, que no es el Rey del mundo, sino una parte de el, y muy pequeña, y tan perecedera como todas las demas, y mas frágil que muchas de ellas.

Pero un ente tan complicado no puede conocerse, sino estudiándolo por partes, disecándole, y reduciéndole á sus primeros elementos. El Anatómico halla mucho que admirar en los restos de la humanidad inanimada. El Químico apenas tiene que decirnos del organismo, que huye de la accion violenta de los laboratorios, ocultando á su mas escrupuloso análisis, el secreto que se reservó la naturaleza para la verdadera síntesis de los seres vivientes. El Fisiólogo, observador atento de la accion orgánico-vital, marca y describe en el mapa de la vida los distintos puntos, en que las funciones aparecen, aumentan, se complican, se combaten, se eclipsan, ya temporariamente como la razon en el sueño, ó permanentemente como la reproduccion en la edad avanzada. Y siguiendo los pasos á los años, fija el poderío de estos, el influxo de los climas, el valor de los hábitos, la diferencia de sexôs, la eficacia de los alimentos, la actividad de las estaciones, el impulso de las leyes; y de todo in-

(6)

fiere, y coordina la ciencia de los temperamentos, que si fuera exâcta le igualaria al mismo Dios.

El Patólogo no halla en el hombre sino motivos de compasion, y de quebranto; pues si todos los vivientes estan sujetos á enfermar, nadie está mas expuesto que el hombre. La idéa de su perfeccion incluie esencialmente la de su delicadeza. Su fina sensibilidad exterior es, á un tiempo, su gala, y su escollo; pues sufre mas de lo que goza. Su moralidad no es menos su torcedor, que su palma: así son sus males indefinidos, por ser en razon compuesta de sus mismas perfecciones, y de sus debilidades. Y en realidad su vida en este valle de lágrimas es un verdadero círculo de miserias, que hace mirar la muerte al filósofo gentil, como un término y descanso natural; y al Christiano, como un fin dichoso.

¡Hombre vano y déspota, que te abrogas el cetro sublunar, y aspiras al del universo, menos para regirlo que para dominarlo, vuelve los ojos á tu fragilidad, y depondrás ese infundado devanéó, que por tan hueco, ni aun merece el nombre de orgullo! Mira lo poco que eres, y lo poco que basta para acabar con las locas pretensiones, que te inspira tu efimera exístencia. El humo despreciable de una vela, que se apaga, perturba tu razon, convele tus nervios, y acaba con tu vida. Una sola gota... ¿de que? ¿de veneno? No...

(7)

De leche, que se te introduzca en tus venas, te mata de repente y sin remedio. Un alfiler puede acabar contigo, tan pronto como un cañon de á veinte y quatro. Una sola línea que te se deprima el cerebro, allá se te fué tu inteligencia. El aire que te falte por poquisimo tiempo, se concluyó el de tu reynado. ¿Y con todo piensas que dominas los elementos? Házlas con el agua, y verás como te ahoga; la tierra te sepulta; el fuego te consume; los gases te sofocan; y el ayre mismo, que es tu pábulo vital, segun del lado y fuerza con que sople, te enloquece, te derriba, y te acaba.

Es notorio lo que el *Samy-el* (ó viento venenoso) hace en la Persia, que mata dexando como vivo el cadáver, que al tocarlo se vuelve todo polvo. Nadie se cree capaz de resistir el ayre quemante del Gran-Cairo, ni el mortífero que reina por temporadas en Malabar, en Baadi-Samuur, en la costa de Coromandel, en Negapetan, en Petápoli, y otros sitios. Pero menos basta para desengaño. ¿Quien tocará al toxícodendron, humilde planta, sin padecer como Fontana una terrible comezon por mas de quince dias? ¿Quien dexará de cegar por algunos, si arrima á sus ojos el solano, ó la belladona? ¿Que es del poder del hombre, que cede á la sola sombra del nogal, del texo, á la del sauco, y mas en la Gothia? ¿Porqué

se rinde y muere al vapor del hippomane de Linnéo, que crece en Surinam? ¿Y sin ir tan lejos, porqué el grande Haller se desmayaba al olor de las manzanas? ¿Porqué Mr. Vincent se estremecía y asfixiaba al de las rosas? ¿Porqué Marrigues ha visto sofocos, y enmudecimiento por dicha causa? ¿Porqué Valtain refiere varias convulsiones por el aroma de los claveles? ¿Porqué Valmont de Bomare atestigua que los que arrancan la betónica florida, vacilan y caen á manera de beodos? ¿Porqué, segun Ambrosio Paréo, un Príncipe de Saboya, el Emperador Enrique IV, y el Papa Clemente VII, fueron víctimas de unos guantes perfumados?

¡Ay hombre, hombre! triste apariencia de algo, en quien obstinadamente compite lo débil con lo vano; hombre miserable, el primero de los seres en jactancia, y el mas expuesto de ellos al embate de las contingencias, reflexiona, y llorarás al ver con Albio Tibullo que para sola una muerte hai mil caminos.

Por tanto el Médico práctico tiene mucho que hacer con el hombre. Al higienético le piden consejos y reglas de Gerocomía, para vivir sanos, y llegar á viejos. Así es preciso que les tome el pulso, no solo á sus arterias, sino tambien á su cabeza, á sus nervios, y vísceras, á sus huesos, á su piel, y demas órganos. Es pre-

(9)

ciso que sepa la fuerza de su estómago, la de su corazón, y cerebro; la de sus piernas, y pulmones, la de sus ideas y sentimientos, la de sus juicios é inclinaciones. En una palabra debe considerar su vida de nutrición, y su vida de relación: distinguiendo en el mismo hombre, el hombre interior, y exterior; el hombre orgánico-animal, el hombre civil, científico, y moral.

Lo mas difícil es averiguar los secretos impulsos del corazón, para animarlos, detenerlos, ó dirigirlos á fines determinados y provechosos. Aquel péndulo vital es esencialísimo para el buen orden de todos los demás movimientos, de los que es centro y regulador. Pero él en sí mismo hierve en irregularidades y contradicciones. El hombre es lo mejor entre lo bueno, y lo peor entre lo malo; y por ambos respetos es el primero de los animales. En los demás el instinto mancomuna, y amolda los apetitos, y costumbres de todos en cada especie. En el hombre la razón varía, y multiplica los caprichos y diferencias del genio en todos y cada uno de los individuos. Por esto es un enigma incomprehensible, y tanto mas obscuro, cuanto mas libre. Y por esto es su pecho un laberinto, del que no hay Theséo que salga; por qué no hay hilo de Ariadna, que pueda alcanzar á recurrirlo, y desandararlo en sus tortuosidades y mudanzas.

El hombre es hijo del Cielo, y de la tierra; es decir participa de la divinidad, y de la materia. Esta lo arrastra, y aquella lo eleva: y por lo mismo se ven de hecho unidas y hermanadas las cosas que parecen mas opuestas. Aquí se ve en el propio sugeto la violencia, y la apatía; el ardor, y la pereza; la irresolucion, y el gran deseo; la arrogancia, y cobardía; la timidez, y el arrojo; el error, y la ciencia; la crueldad, y la ternura; la virtud, y el vicio; la obstinacion, y la inconstancia; el amor, y el ódio; la confianza, y la envidia; el abatimiento, y la jactancia; el cariño, y el mal trato; la altivez, y la miseria; la debilidad, y el heroismo. Los maiores personajes de la historia equilibran, á lo mas, sus defectos con sus prendas. Animal contradictorio, en la justa expresion de Lavater, pasa en un instante como Alcibiádes de un extremo á otro: y asi Calígula fue el mejor de los esclavos, y el peor de los déspotas. ¡Hombre indefinible, enemigo de todos, de todo, y de ti mismo, renuncia el privlégio de la razon; ó enfrena, y no apacientes con ella tu locura! Mándate, que este es tu legítimo imperio; y con esto serás racionalmente libre á diferencia de los brutos, que obedecen ciegos y forzados del instinto.

Es cierto que no todos tienen las mismas disposiciones naturales para el efecto; pero de ahí

viene tambien la virtud y el mérito; y la precision de distinguir los varios temperamentos del alma, segun el predominio de la afeccion, ó el de la inteligencia.

Quando prepondera el corazon induce el temperamento tranquilo, ó el agitado; el bueno, ó el malo: cuias enfermedades opuestas son la indiferencia, en que degenera el primero; la exáltacion y la cólera, á que está muy expuesto el segundo. Mientras se conserva el tercero siempre es feliz, cuando la bondad va acompañada de discrecion: de otra suerte, es el juguete del cuarto, que dije ser el malo, el que no corrijiéndose con la educacion como se cuenta de Sócrates, remata en perverso y exécrable.

Si domina el espíritu, dará el temperamento despejado, ó el rudo; aquel incluye el talento de imitacion, y el genio de invencion; y los males á que está expuesto son el delirio, y la locura: asi como este suele ser presa de la tontería, cuió último grado es la fatuidad.

Dichos seis temperamentos mentales, y morales pueden considerarse simples; y tienen, propriamente hablando, tantos grados intermedios, cuantos son los individuos de nuestra especie. De consiguiente aquellos solo deben tomarse como ciertos caracteres generales, que se dejan ver en muchísimos con mas ó menos aislamiento, ó

complicacion. Pues los hay mixtos á la par espirituales y afectuosos, v. gr. tranquilos y despejados, buenos y rudos; los hay despejados con impetuosidad, malos con calma, é impetuosos con rudeza.

Segun los enunciados temperamentos, son las disposiciones enfermas del alma, que tambien ofenden al cuerpo. Así el de temperamento tranquilo vive de suio muy sano y poco expuesto, pues en todo funciona bien: tiene un dulce sentimiento de paz y alegría, producto y fomento de la salud de la razon, y de la de los órganos debidamente equilibrados. Pueden ambos no obstante descomponerse con el tiempo, y el descuido; y entonces, pasando de la indiferencia á la apatía, debiera temerse la degeneracion al estado de gangrena de sensibilidad moral, ó nulidad en el órden civil.

El de temperamento agitado mientras sano, puede, si reune talento, sacar gran partido de su prontitud natural; pues aumenta todo el tiempo que le ahorra su viveza. Pero si esta adelanta á la reflexión, corre mucho peligro el acierto, y es regular se estrelle iendo con tanta ligereza; pues que, despues de metido en carrera, no consiente volver atras; y faltándole guia y luz para pasar adelante, da en la obcecacion, se empeña con temeridad, y desconoce

los errores, hasta que por ellos sufre males de toda especie. Su enfermedad genial mas temible es la cólera, á que sigue la ira, el furor, y la venganza. Adolece tambien de vanidad, envidia, terquedad, y zelos. Estos suelen afectar á las almas ardientes, débiles, y ociosas.

El bueno por temperamento, es feliz sin trabajo. Si es rico, no aumenta sus necesidades; si es pobre, se aviene con sus privaciones; y disfruta de una tranquilidad inalterable, tan lexos de escrúpulos, como de remordimientos. Su conciencia, ó rectitud moral, le hace indiferente ó apacible con todos los hombres, y en todos los sucesos. Su calma interior se comunica á todos sus actos; y lleno de la satisfaccion de sí mismo, no busca otros placeres que lo alteren ni debiliten. A ese compas sigue la dichosa armonía de sus funciones: come siempre con moderacion, digiere bien, y duerme mejor; de este modo conserva íntegras las fuerzas, y cuenta venturosos dias de salud y longevidad.

Todo lo contrario se observa en el malo por temperamento; pues aun cuando sus delitos puedan eludir el castigo civil, nunca podrán evitar el castigo natural. La virtud da alegría, y paz interior; los vicios son los mayores enemigos y antagonistas del principio vital; y las pasiones son enfermedades del alma, que destruyen al cuer-

po. Muchos delincuentes dejan de penar en la cárcel, en el destierro, ó en los pálos: pero ningún vicioso escapa sin padecer varios achaques. Las leyes de la naturaleza no se quebrantan impunemente: el dolor, la apoplejía, los vómitos, la parálisis, la convulsion, la fiebre, la tísis, y la muerte, son sus castigos inevitables. El malo no tiene solo estos; para él es un mal el bien de los otros; todos le aborrecen á él, y él se aborrece á sí mismo interiormente con un ódio justo, inextinguible, y necesario.

El de temperamento espiritual ó despejado, aunque feliz por privilegio de la naturaleza, corre mucho peligro en la sociedad, sino busca el remedio en su propia aptitud. Pues siendo el verdadero superior natural de los demas, tiene que contar que todos sus inferiores le son de juro, de juro, otros tantos enemigos capitales; porque nadie quiere ser pospuesto, y como decia el gran Papa Ganganelli *el mérito es la cosa mas incómoda para el que no lo tiene*. Sepa que la ambicion le atacará por delante, la envidia por detras; á lo lexos le asechará la venganza; y la felonía en emboscadas apurará el arte de maquinár su ruina. Estas son sus enfermedades procedentes del estado social, ó digámoslo así, resultas de causa externa. Pero tambien está sugeto á otras dimañadas de su mismo interior. Pues se observa des-

graciadamente que los hombres ilustrados, queriendo siempre serlo mas, y olvidados de que "nada con exceso es bueno" segun el Oráculo antiguo, se deslucieron y retrogradaron con mengua. El principio del mal empieza con prurito y hambre morbosa de saber, que altera la coccion mental de las idéas. El cerebro, comparable al estómago, no puede asimilar mas que una determinada cantidad de alimentos; y el excedente solo sirve para producir indigestiones, dolor, flátos, vértigos, cólicos, demacracion, degeneraciones humorales, y extincion del principio vital. Por tanto el que no es moderado y sobrio en saber, indigesta su cabeza, confunde sus idéas, pierde la memoria, altera el juicio, desarregla su imaginacion, tropieza y cae en mil errores, que, segun influían en el organismo, causarán un frenesí transeunte, ó una enagenacion permanente. ¡Tan cierto es que el genio sublime está muy cerca de la locura!

El de temperamento corto ó rudo suple y desquita en fuerzas lo que le falta de comprehension. Tiene menos enfermedades corporales que los demas; y aun en éstas padece solo lo indispensable del momento, olvidándose de lo pasado, y sin alcanzar lo por venir. Tiene mejor estómago que cabeza: digiere mucho, y bien; piensa poco, y mal: por esto es la víctima de

sus preocupaciones, y de las ajenas. Padece además una terquedad inexpugnable; y como tiene más instinto que razón, es amigo de su rutina por necesidad natural. No quiere mejorar por temor de perder: y su desconfianza es solo igual á su malicia, descuido, y tontería, que son los achaques propios de su alma. Notándose que á poco que el mal progresa, llega el caso de ni aun sentirlo; y por una especie de privilegio de su rudeza, deja para él de ser desgracia la peoría.

Amás de los seis dichos temperamentos cardinales del alma, los hay, como insinué, mixtos é intermedios, ya primitivos, ya adquiridos, ya degenerados. Háyllos decididamente afectuosos, de que son grados el alegre, el bullicioso, y el enamorado, por una parte; el triste, el trístico, y el cruel, por otra. Háyllos también indiferentes, que por escala llegan al egoísta, al solitario, al misántropo, y al suicida. El agitado, gastándose prematuramente, degenera en desabrido, pasando antes por el colérico. El ilustrado puede convertirse en visionario: el tranquilo en indolente: y el corto en enteramente negado.

En todos ellos el *temperómetro* está en la combinación de las varias dosis de la inteligencia y voluntad, que da el temple á la sensibilidad mental y moral. El robusto de espíritu y

corazon ostenta valor en los peligros, y paciencia en los males. El débil siente en aquellos temor, pusilanimidad, y cobardía; y presenta en estos inquietud, abatimiento, y desesperacion. De la sensibilidad bien afectada viene la ternura, la compasion, la munificencia, y la generosidad. Si hace un beneficio, disfruta un gozo interior; si lo recibe, le inspira y le llena de gratitud, reconocimiento, y benevolencia, tanto más gustosa cuanto más obligatoria. Pero si la sensibilidad se dirige mal, lleva al resentimiento, al ódio, á la dureza, á la venganza, y á la crueldad. El de recta inteligencia habla y obra de buena fe, que es la fidelidad sin reserva; con sinceridad, que es la expresion de lo verdadero; con franqueza, que es la sinceridad sin velo; con candor, que es la sinceridad dulce; con ingenuidad, que es la sinceridad simple é inocente. Cuando al revés el de ideas torcidas y depravado carácter, usa de la impostura, que es la máscara de la verdad; del disimulo, que es una impostura reflexionada; del engaño, que es una impostura complicada y dañina; de la doblez, que es una impostura de dos caras; de la perfidia, que es una infidelidad encubierta; y de la alevosía, que es la traicion de la confianza.

Este indispensable bosquejo del hombre moral y mental ya indica las luces y costumbres,

que deben caracterizar al hombre médico. Conocerse cada uno á sí mismo es la gran obligacion, que á todos impuso como la primera el Oráculo de Delphos, que por esto la tenia escrita en su portada con letras de oro. Conozcamos bien nuestra alma, segun nos lo exhorta Ciceron; pues la moral es una parte esencialísima de la ciencia del hombre; y en la propia ilustracion se halla la fuente clara de la justicia y rectitud. De este modo nos convencemos con Charóndas, que la ignorancia es el mayor de los males, y el origen de todos los vicios: que la ciencia es la perfeccion de la voluntad: y que la razon solo se perfecciona, contraiendo reunidos los hábitos de la ciencia, y de la virtud, que es el único sendero que lleva á la felicidad.

SECC. II.

Baste lo dicho para fixar los principios ó elementos de una y otra, y entender la hermandad y mutua connexión de entrambas: pues el conocimiento del bien y del mal depende del de lo verdadero y de lo falso. Y así la Medicina, que demuestra que el hombre es social por necesidad, convence igualmente la necesidad de adquirir las virtudes sociales. Necesitamos de los otros para ser felices: luego debemos amarles como á noso-

tros, y por nosotros. Pobre del solo, que si caiere no tendrá quien le ayude á levantar.

La primera idéa de sociedad la naturaleza la inspira necesariamente á todos los individuos, en la primera union de los sexôs, para el acto conservador de la especie. En seguida la debilidad del nuevo ser, que perecería sin el socorro de sus padres, le hace inseparable de estos por necesidad natural. Crecida ya la prole, y formando una familia, tenemos el protótipo de la sociedad en la reciprocacion de utilidades y menesteres: conociendo que la necesidad fué su principio, la felicidad su objeto, y la subordinacion el medio de conseguirlo. En el estudio médico se toca con evidencia que muchas de las aptitudes del hombre son inútiles y perdidas para el hombre solo: que las mas de sus necesidades, como la de su conservacion y reproduccion, no puede satisfacerlas el hombre solo: que la perfectibilidad dependiente de la experiencia y de la industria, es imposible al hombre solo. Luego el hombre es social por disposicion orgánica, por necesidad natural, y por interes propio: luego es preciso y provechoso ser útil á los demas: luego es obligatorio el servirnos mutuamente: aceptando y retribuyendo en la sociedad, como se ve en las familias, en que hallando cada uno su propio bien, todos se unen por el bien comun. Es-

ta justa idéa del origen, y ventajas de la sociedad, que nadie la concibe mejor que el Médico, le hace cumplir con el mayor gusto con sus deberes, adquiriendo un hábito feliz de admirables costumbres. Se convence totalmente con Zenon, "que el soberano bien del hombre, está en las luces del espíritu, y en la práctica de la virtud;" pues el conocer bien sus deberes es el primer paso para llenarlos.

Sabe "que la virtud es la razon perfecta," "que es lo solo verdaderamente útil á todos los hombres." "Que el deber no es mas, que lo que la experiencia, y la razon acreditan necesario para el fin, que nos proponemos, que es la conservacion y la dicha." "Que toda virtud tiende á la justicia, y todo deber á la felicidad." "Que la justicia es el cumplimiento de las obligaciones del hombre para con Dios, consigo, y con el próximo, dirigidas á su bien." Por consiguiente, si por derecho natural debemos procurar nuestra exístencia, nuestra perfeccion, y nuestra felicidad; por lo mismo estamos en la obligacion de ser virtuosos; porque es lo mas fácil, lo mas justo, y lo mas útil.

Mirándolo bien, la Medicina demuestra, que debemos ser buenos por cálculo exácto; pues la justicia es el cálculo de nuestra seguridad combinada con la de los otros. La templanza es el

cálculo de nuestros placeres actuales y futuros, combinados con nuestra salud, y conservacion. La beneficencia es el cálculo de nuestro sobrante, combinado con las necesidades de los demas; y así del resto de las virtudes, hasta de las que parecen mas individuales. Por exemplo el amor propio gana infinito con el del próximo. El mismo desinterés es realmente un interés mas fino, noble, y delicado. Tan cierto es que cada virtud trae su provecho y recompensa; y que todas acarrean aquella, por la que todos anhelamos en la sociedad, mas que por la misma vida; asaber el honor, por el que el hombre estima su existencia, y la arriesga, y pierde con gusto. Pues ese "honor consiste en el juicio ventajoso, que los demas forman de nosotros;" y no lo formarán ciertamente laudable, si nos hallan mancillados de vicios. Para confirmar esta verdad á los ojos de todo el pueblo de Roma, Marcelle, al edificar el templo de la virtud, hizo que solo por medio de este, hubiese camino abierto para llegar al templo del honor, á fin de evidenciarles, "que no puede haber honor, sin virtud."

Una, de las que Phocion llamó virtudes madres, es el amor al trabajo, y esta es de las principales que enseña, y pide el estudio de la Medicina. En el primer aforismo ya clama Hpp. que la vida es corta para una ciencia de tanta exten-

sion ; y así nos inspira la necesidad de la economía del tiempo, y el ahinco de aprovecharlo todo. No hubiera adelantado tanto Ciceron en su carrera, como él mismo lo dejó escrito para exemplo de su hijo, y de los demas, sinó se hubiese dedicado constantemente al estudio, aun en aquellas horas, que otros daban al juego, y al descanso.

Sola la actividad, y el teson, tienen el privilegio de aspirar á la gloria de sobresalir, y ofrecer á los otros el estéril gusto de admirar unos progresos, que se reputaban por milagrosos ó imposibles. Así Cruikshank, y Mascagni se hicieron famosos determinando la exclusiva funcion, que tiene en nuestra economía un nuevo sistema de vasos llamados absorventes: así Spallanzani fixó muchos axiomas relativos á la circulacion, á la generacion, y á la digestion: así el incansable Sanctorio valuó el peso, efectos, y variaciones de la transpiracion insensible. Y así cuantos se resuelvan á emprender esta ciencia, no deben pensar sinó en afanar siempre con extraordinario empeño, y sin ninguna intermision. Para ellos es un precepto riguroso el consejo sabio de Polybio á Scipion el segundo, que le inspiraba odio á los placeres de Roma, apartándole del ocio, de la disipacion, y luxo, que desdoraban la noble juventud de aquella decadente República. Los placeres, le decia Paulo Emilio á su hijo, absorben

la atención, roban el tiempo, y ofuscan las potencias. Su abuso no deja lugar, ni ganas, ni fuerzas para cosa buena. El trabajo mental, exige un cuerpo sano: el que se enervó, inutiliza, ó pierde las aptitudes que tenia. Jóvenes economizad las vuestras para emplearlas bien, para lucirlas, para extenderlas.

A pocos pasos que se den en el estudio de la Medicina, que es el de toda la naturaleza, se ve que esta, como lo evidenció el Ingles Toland, está siempre en continuo movimiento. Luego el hombre, que es el primer ente visible de ella, no debe contrariarla, abandonándose á la inercia y apatía. Luego la ociosidad, á los ojos del Médico observador, es un verdadero crimen, ó pecado contra naturaleza; y por consiguiente funesto, y fecundo origen de mil males, y vicios. Por esto las leyes desterraban de Lacedemonia á los ociosos y poltrones, como lo hicieron en Esparta con Naucídes, juntando antes todo el pueblo, para inspirarle mas horror á la indolencia, y holgazanería. Esta lo corrompe todo, dice Plinio: causa mas estragos que la guerra, dice Juvenal. Minos hizo feliz á Creta, prohibiendo la ociosidad, como la mas contraria á las buenas costumbres. En el Perú antiguamente no se permitia á nadie fixar su domicilio, sin que tuviese una conocida ocupacion. Convengamos pues, en

que la del Médico debe ser continua, por propia convicción de su deber.

Por su mismo deber, será también humilde, y modesto; pues la vanidad, y el orgullo es de lo mas opuesto al progreso de las ciencias. Porqué ¿como ha de estudiar el que ya cree que nada tiene que aprender? El que se supone, y vende por muy sabio, dista muy mucho de serlo; y se aparta del camino para poderlo llegar á ser, en expresion de Symmaco.

Pero aquella justa estimacion de sí mismo, compatible, y aun fundada en la mayor equidad, y modestia, es condicion necesaria para los adelantamientos propios, haciendo siempre justicia á los agenos. Sabido es que los grandes hombres en todas líneas nunca rehusaron el reconocer, y confesar á otros sus obligaciones, y ventajas. Entre los mas insignes guerreros, Hanníbal tuvo la generosidad de llamarse inferior á P. Cornelio Scipion; y éste, por su parte, se contaba despues de Pyrrho, y Hanníbal. Entre los famosos conquistadores, Julio Cesar, al ver una estatua de Alexandro Magno, publicó con lágrimas de convicción en los ojos, que este en su edad le llevaba una antelacion notable. Entre los filósofos, Antísthenes dixo á sus discípulos, que buscasen otro Maestro, que para sí él habia hallado uno, que era Sócrates. Entre los Artistas, Miguel An-

gelo no dudó un momento en decidir que la figura de su Cupido no igualaba al mérito de la de Praxíteles. Entre los Oradores, Eschínes con ser competidor y enemigo de Demósthenes, le concedió la preferencia; y Demósthenes, á pesar de su mérito, reconocia ciertas ventajas en la solidez y laconismo de Phocion. Y por fin entre nuestros grandes Médicos, Galeno se lisongeaba diciendo que todo su saber lo habia sacado de las inmortales obras de Hippócrates. E Hipp. mismo, ese hombre prodigioso é incomparable, tratando de la operacion de la talla, nos asegura que siempre cedia á los mas egercitados: y que en esos, y en todos los casos dificiles, no solo no se desdeñaba, sino que se complacia en oír y apreciar el voto de los demas Profesores.

Aquí está el verdadero origen, y objeto de las juntas facultativas, y el espíritu, y modelo de ellas. Proponer, consultar, y decidirse por lo mejor. Discutir las circunstancias, y las razones con finura, y con candor, sin animosidad, ni sistema: abrazar con predileccion lo preferible, sea la propuesta agena, ó propia; pues tan glorioso es el admitirla, como el indicarla. Acordémonos que en la antigua Grecia, al nombrar Betoarchas, ó Gefes de la línea de Beocia, á Epamíondas juntamente con Pelópidas; reconociendo este la superioridad de talento en aquel, hizo con

esto solo desaparecer la diferencia. En la Medicina, como experimental, no bastan las luces, ni los conatos de un hombre solo. Todos debemos observar y comunicarnos con noble zelo, é instruirnos recíprocamente con mutuo afecto y probidad; sin orgullo, ni reserva, ni jactancia, que es achaque indigno de almas grandes y generosas. La noble emulacion ve en su competidor un amigo, que le da la mano, y le ayuda, y le ilustra, y le conduce en el camino de la gloria. Esta es la comun pasion, el verdadero ídolo de los Médicos, y la mejor garantía para el bien de la humanidad, y perfeccion de la ciencia. Pero al revés, donde no hay esperanza, ni emulacion, se apaga pronto el genio.

Quando este aspira abiertamente á la superioridad, nos advierte Ciceron, es muy difícil que no dexé de ser equitativo, y que no degeneré en injusto. Y esta falta de política atrae muchos disgustos, pues todos sienten la humillacion; y debemos evitar el que otro sufra por nuestra causa. El remedio consiste en hablar con agrado á los iguales, y con bondad á los inferiores. ¿Pues á quien no gusta el que se le trate con cierto aire delicado y complaciente, que indique alguna deferencia y consideracion? Por lo mismo, aquel asegura mejor su crédito en la sociedad, que sepa con sus modales acreditar mas

modestia, y alago; huyendo siempre de deprimir el mérito, y ostentar presuncion, que solo induce desabrimientos, y odios implacables.

No por esto deberá ser adulador, que es el mas temible de los animales, en sentir de Bion; sepa callar á tiempo, para salir airoso de mil apuros; porque "*il tacere non si scrive,*" que era la máxîma favorita del inmortal Pontífice Clemente XIV. De este modo se evita la adulacion, y la maledicencia, vicios diametralmente opuestos á la nobleza y candor, que deben siempre reynar en el idioma médico, que nunca falta á la verdad por dexarse ir con la lisonja, y mucho menos para levantar una calumnia. El sarcasmo, y la ironía solo deben serle conocidos para ser detestados. El tono de la decencia, y el acento de la delicadeza brillan en todas sus palabras, el decoro forma el adorno esencial de sus períodos, y el espíritu de pública utilidad es el único que dicta sus razonamientos.

Presentemos á todos, y á todas horas, un carácter de amabilidad, y dulzura, cual conviene al que necesita hacerse apasionados; porqué el sobrecejo, la dureza, y el mal humor retrae y aborrece. A la sombra de la amabilidad, decia un político, se hacen menos perceptibles ciertos defectillos, que los prudentes disimulan ó perdonan de buena gana á los que saben compen-

sarlos con otras virtudes. Seamos dulces, y afables; risueños, y corteses; sensibles, condescendientes, y obsequiosos. Acordémonos de "que la inflexibilidad no es para el hombre, sino para una estatua."

Huíamos del fausto y opulencia, como defectos no solo detestables, sino tambien monstruosos en el estado medio, que es el que mejor sienta á las ciencias. La mediocridad de fortuna pide una justa moderacion en los dispendios. Al que gasta mucho en lo supérfluo, es imposible le quede lo bastante para lo necesario; y se hace ademas muy ridículo, comprando tan cara su ruina, y su desprecio. El excesivo luxo corrompe al hombre, lo mismo que la indigencia; pues causa la afeminacion, y la sensualidad, enemigas capitales del estudio, y trabajo, á que obliga la ciencia médica: inspira orgullo, y el menosprecio de los pobres; pues son hermanos el engreimiento, y la inhumanidad. Vicios ambos los mas incompatibles con esa profesion, la mas humana y consoladora de los hombres, que mira á todos los dolientes con igual interes, y que no ve mas que la humanidad afligida en el rico, y en el pobre.

El estudio médico exige, no solo carecer de vicios, que es la primera virtud, segun Horacio; sino que enseña la virtud de perdonar los vicios ajenos. Evita tenerlos, porque su conciencia, que

es la evidencia práctica del corazón, los detesta por malos y nocivos. Huíe de los públicos, porque sabe que si las deformidades exteriores del cuerpo chocan á la vista, las del alma ofenden á la razón. Y huíe también de los ocultos, porque se respeta debidamente á sí mismo; y no quiere ver en sí, cosa que le avergonzaria á los ojos de los demás. Su amor propio es su juez más temible; porque pudiendo esconderse de los otros, nunca puede ocultarse de sí mismo.

No solo no es maldiciente, publicando defectos; ni es calumniador, capaz de fingirlos y abultarlos; sino que perdona, y excusa á los que le maldicen y le injurian. Toca el origen de estas debilidades, y las cubre con generosa indulgencia. Sabe que las buenas prendas tienen más enemigos, que imitadores. Sabe que los zelos, y el odio nacen de la debilidad del alma, de la falta de talento, y de un mal corazón. Ya Sócrates le enseña, al responder á Aristóphanó cuando le ridiculizaba en el teatro, diciendo "si tienes razón me corrijo, y sino me burlo." Ve que muchos hablan mal, porque no aprendieron á hablar bien: y contra estos el remedio está en los pies, marchándose como hizo Aristippo, dexándoles hablar; ó taparse los oídos, como hizo Crisippo, añadiendo que él era dueño de sus orejas, si el otro lo era de su lengua. Sabido es que la en-

vidia forma con su negro aliento, una atmósfera maligna al entorno de la gente honrada. Pero en desquite nadie ignora, que el odio de los malos es un positivo de honor; y que su amistad y alabanzas envilecen á qualquiera. Por esto el Emperador Teodosio se burlaba de las injurias, y César sabia olvidarlas.

Si esto hacen los hombres de la primera clase del estado, mejor deberemos hacerlo los de la clase media; porque la moderacion parece ser la virtud exclusiva de la mediocridad: y porque sabemos, que preguntando á Simónides, el método para no hacer envidiosos, respondió que "era no tener cosa buena, y hacerlo todo mal." Por lo mismo el Cardenal de Richelieu dice, que "los necios son los únicos, que logran que no se diga mal de ellos." Por esto el sabio tolera y calla, usando con Séneca, mas bien de las orejas, que de la lengua; pues que esta no es mas que una, y aquellas son dos; como advierte Demócrito, confundiendo con esta leccion á los charlatanes.

El estudio del Médico no es abstracto; se ha de hacer en la sociedad, para aprender á conocer, y á tratar á los hombres. Su virtud no es ideal: aplica sus talentos para hacer nuevos beneficios, y lleno del amor de sus semejantes, es el mas sensible en sus desgracias, y el mas interesado en socorrerlas. La experiencia enseña que

es menor el número de los buenos; y es fuerza, y cordura ceder á la maioría. Sufrir, y llevar bien las persecuciones de los malos, dice Plutarcho, ya es una prueba de no serlo. La máxîma general de los filósofos, y la especial de los Médicos, es hacer bien á todos: para no temer, ni hacerse odioso, ser bienhechor. La Pythia declaró á Lycurgo amigo de los Dioses, porqué lo fue de los hombres. El Médico debe serlo con singularidad, estudiando para hacerlos felices y buenos. Mas quando no podamos mejorarlos, ni evitarlos; es menester sufrirlos por caridad, por conveniencia, y por conviccion. Porqué es tan ridículo el pretender que todos convengan con nuestras idéas, como lo sería el intentar, que todos tuvieran nuestras narices, y nuestros ojos. El mudar la fisionomía del alma, es obra de toda la vida, y peculiar de la educacion, que es el arte de inducir las habitudes correspondientes. La educacion forma el espíritu, el carácter, los sentimientos, y las costumbres. Estas son el hábito de ciertos actos libres capaces de regla y direccion. El carácter es la manera de ser y parecer del alma, y es á las costumbres, lo que las facciones para las caras. El estudio de la medicina enseña todo esto, porqué el Médico ve al hombre en sí, qual es, y qual puede ser; los demas solo le miran disfrazado. Y por tanto, si

se consulta la experiencia, la medicina dará la llave del corazón humano. De ahí salió el consejo de Epicteto, que conformemos nuestra voluntad á los sucesos, ya que no podemos amoldar los sucesos á nuestra voluntad. Aquello depende de nosotros, y esto no; y es mas justo, y fácil mandar en lo propio, que en lo ajeno. De ahí el axioma político, y moral, "que para poder vivir, es indispensable saber sufrir." Ya que todos somos malos, sepamos á lo menos aguantarnos unos á otros, dice Millot, y vivir con todos. Ya que es imposible remediarlo, lo es tambien el no sufrirlo; por esto el prudente tiene un tesoro en su moderacion y tolerancia.

Las ciencias suelen dar ese fruto, ablandando el genio, dicen Ovidio y Bartoli, manifestando que nunca llegará á ser sabio, el que no dejó de ser duro. Así pues en todas partes hallamos el vínculo natural, é indisoluble, que une, y estrecha las ciencias y las costumbres.

Es demasiado sensible, y de bulto, para desconocerse, la diferente fortuna, que correria la medicina confiada, á dos talentos iguales, pero de carácter, y moralidad contrarios. Por exemplo, si uno fuese activo, y el otro floxo; este veria sus conocimientos estacionarios, y aun retrógradós, aquel los aumentaria diaria y progresivamente al infinito. Si en uno obrase el pundonor,

y el otro fuese víctima de la indolencia; allí brillarian los aumentos, y aquí no habria sinó atrasos. Si el uno es precipitado, y el otro prudente; el primero pierde el fruto de sus mejores empresas, y el segundo saca buen partido de sus mismos yerros. Si en uno reyna el atolondramiento, y en otro la espera; aquel malogra el tiempo, que gasta en empezar lo que no es capaz de concluir, y este con su pausa aprovechará todos los resultados de sus tareas: Así nos dice Virey "que el estudio de la historia natural pide la calma de la prudencia, y la rectitud del corazon; pues inseparable de la sana filosofia, da exemplos de virtud, y lecciones de felicidad." Y así ¿que cotejo podrá haber entre los pasos científicos del distraido, y los del atareado? ¿Que inmensa distancia no media entre los del relajado, y los del recogido? Compárese al sóbrio con el intemperante: aquel siempre apto para pensar, este siempre soñando en engullir; aquel siempre dueño de sus potencias, este entorpecido, ó privado de sus sentidos.

SECC. III.

Pero si las virtudes, como vemos, son necesarias para el estudio de la medicina; son, si cabe, mas que indispensables para la felicidad en su

práctica. Pues el profesor de esa ciencia, siendo por deber el mas amante del próximo, y dedicado por eleccion al socorro de sus penas, debe ser un modelo acabado de virtudes. Por de pronto hace la abnegacion de sí mismo, entregándose del cuidado de los demas, y vive menos para sí, que para los otros.

Por esto se habitúa á la templanza, para que nunca su estómago pueda mas que su cabeza, dejándole á todas horas pensar y discernir con prontitud, y acierto. Sabe para su escarmiento la anécdota, que se refiere en la historia de Filippo de Macedonia, que al salir de un banquete, vió la causa de una muger, á quien condenó. Y la pobre animada de su inocencia dixo, que apelaba de aquel fallo. Y preguntandole el Rey, ¿á quien? respondió con viveza "á vos mismo, Señor, quando estéis en ayunas." Y en efecto á la mañana siguiente, reviendo S. M. el asunto, revocó el primer decreto, condenándose á resarcir los gastos. ¡Heróica resolucion en Filippo! pero inaplicable á los casos de medicina; al que se mate oy, no se le puede curar mañana. Esta es la ciencia de la oportunidad, que no tiene mas que un momento; el que lo pierda, hace un daño irreparable. La ocasion, el tiempo, y la palabra, son cosas, que nunca vuelven atras. Y así el Médico, para cumplir con su deber, es forzoso que procu-

re con su templanza hallarse igualmente apto al levantarse de la mesa, que al levantarse de la cama.

Con razon en Persia habia para la juventud escuelas públicas de sobriedad. Licurgo ofrecia premios á los sobresalientes en templanza. Con razon los antiguos, segun Valerio Máximo, á la frugalidad la llamaron madre de la salud: y pintaban á esta en forma de Diosa dando de comer á una serpiente, que es el símbolo de la prudencia, para significar que era preciso tenerla en comer, si queríamos vivir. Véase, sinó, como en el convite, que dió Alexandro en obsequio de Calano, donde hubo premios para el que mas comiese; véase, digo, que Promacho con otros quarenta y uno murieron víctimas de la glotonería. Por esto es aun tiempo útil y virtuoso el precepto de Leónidas "de ejercitarse para comer bien, y comer con moderacion para cenar con gusto." Y la práctica de los grandes filósofos era de cenar poco, para dormir con tranquilidad, y despertar con el mayor sosiego, segun lo dijo Timotéo en la mesa de Platon.

De este modo, y quedando siempre dueño de sí mismo, ofrece el Médico un carácter suave, dócil, y flexible, que es de lo mas evidentemente necesario para el ejercicio de la medicina. En ella se toca y palpa mil veces la indispensable precision de amoldarse á las circunstancias, y á

las personas. Se eleva con prudente modestia para con los grandes, y se baxa bondadosamente con los pequeños, por no parecer desproporcionado, ó muy desigual á ninguno; para atraerse la estimacion de estos, y la confianza de aquellos, poniéndose al alcance de todos.

En cada casa donde entra el Médico se abre á sus ojos una escena distinta, en que tiene que representar un nuevo papel. Porque así como el reirse, en un sitio de dolor, pareceria insultar á la desgracia; así tambien la tristeza, donde se celebra un restablecimiento, se interpretará quizás como un disgusto por la mejoría. Debemos pues equilibrarnos con aquellos con quienes estamos; que esta semejanza, hija de la urbanidad, hace increíbles milagros, tanto en política, como en medicina. Pues aquella es el arte de dirigir las pasiones en bien de todos: y esta nada debe ignorar, ni omitir de lo que sea bueno. Por esto Bacon reduce la filosofia al estudio de lo útil, para hacernos mejores y mas dichosos.

Por tanto nos importa tener un absoluto imperio sobre nuestros movimientos, con una elasticidad moral tan delicada, que, cesando el agente, vuelva luego el carácter á lo suio; sin sacar á la calle los secretos domésticos, que se leen á veces en los rostros. El del Médico debe recobrase al golpe de sus pasadas alteraciones, y pre-

sentar solo al público, una compostura afable, que ni choque, ni desvíe. Acordándose siempre, que supuesta la gravedad de su ministerio, le sienta mejor un ayre circunspecto, que el demasadamente festivo y bullicioso. La ciencia desencanta el alma, disipando la ilusion de los sentidos, que hacian el embeleso de la imaginacion. De ahí es que los literatos suelen ser tristes y serios; quando los tontos viven tan divertidos, porqué rien muy de veras.

Mas por lo mismo aquel no respira sinó afabilidad, agrado, y condescendencia, trata con todos los hombres, con todos los sexôs, y edades; y precisamente quando la enfermedad les pone de mas mal humor: debe, por tanto, tener las virtudes de todas las edades, conocer los flancos del sexô, é indagar los vicios de cada una de sus disposiciones, con tal delicadeza y finura, que se haga superior á los obstáculos.

Gente bronca y adusta, que articulais bufidos en lugar de palabras, separáos, por Dios, del egercicio de esta profesion. No salgáis de la obscura soledad, á que os llama vuestra fiereza, y á que os confinará la opinion comun, luego que os oiga, y vea sin las prendas necesarias para tratar con los hombres. No los conocéis, y los espantáis; solo el áspero eco de vuestra voz los aleja y estremece. La sociedad quiere agrado, do-

ilidad, y buen modo; porque sabed con Bertola, que el hombre es naturalmente altivo, resiste á la violencia, y cede de ordinario á la modesta insinuacion: el rigor le irrita, y la dulzura le calma. ¿Quién se acercaria á un rosal, sinó tuviera mas que espinas?

No debe el Médico tener ningunas, y debe saber embotar las agenas. La prudencia es el mejor broquel contra los tiros de la sinrazon, y la filosofia moral es la botica, donde se hallan los remedios contra todos los vicios. El triunfo de la virtud, aunque tardío, es el mas sólido: porque en todos tiempos, segun Platon, *el hombre de bien es lo mas sagrado que hay en el mundo, y lo mas detestable es el malvado.* El Médico conoce á entrambos, y extiende sus desvelos á los dos; al primero lo mira como mas digno y acreedor; al segundo, como infeliz y necesitado. ¿Que sería de un pié malo, si se le negase el influxo vital y proficuo del resto de la economía sana? Lo que sería de un hombre separado de los demas. Porque cada uno no es sinó un miembro de la humanidad; y así como en el cuerpo, el dedo sirve á la mano, esta al brazo, este á la cabeza y al estómago, y este, y aquella digiere, y piensa para cada una de las partes, que por sí solas no pueden subsistir; de igual manera vemos en la sociedad esa circulacion perpetua de menesteres recíprocos.

Así demuestra la práctica médica, que el órden que brilla y mantiene al hombre, llamado *microcosmos* ó mundo pequeño, nos debe servir de regla para guiarnos en el *macrocosmos*, que es el mundo, ú hombre grande. En ambos la perfeccion depende de la armonía del todo. Así nuestra felicidad no puede tampoco ser exclusiva ni individual, sinó que depende siempre de la de los demas. Por esto "la virtud es el arte de hacerse feliz á sí, y á los otros." Por esto algunos la definen diciendo, ser la exâctitud del espíritu aplicada á la conducta de la vida y costumbres. Ello es cierto que la moral es la ciencia que nos da á conocer, á sentir, y á gozar nuestros verdaderos intereses, nuestros intereses totales, presentes, y venideros; nuestros intereses transeuntes, y perpetuos. Así pues, por lo que diximos de la moderacion, hallamos por último resultado, que guardándola prudentemente en todo, asegura la salud y longevidad del cuerpo, del espíritu, y del corazón: ó lo que es lo mismo, ella es el principio y fuente de la vida, de la ciencia, de la virtud, y de la felicidad. ¡Ved pues el beneficio, é interés, que logramos en ser buenos!

Las mismas pasiones en su origen pueden, con la cultura, contribuir para conseguirlo: sus propios terribles efectos nos exhortan á contenerlas; sin esto, hasta las que parecian inocentes, ocasionan

graves daños. La alegría inmoderada, quando no mate, como á Chilon, y Diágoras de Rhodas al abrazar á sus hijos vencedores, y á la sobrina de Leibnitz al coger llenos de oro los cofres de su tío: á lo menos altera la transpiracion, segun Sanctorio, quita el sueño, el apetito, y las fuerzas. ¿Que será de las otras? El amor desgraciado causa desabrimientos, que llevan frecuentemente á la melancolía. Los zelos, y la envidia, acarrean la consuncion, dolor de cabeza, y delirio. El orgullo, afecta el cerebro, y produce locura. El despecho, y el odio atraen las convulsiones, abortos, fluxos de sangre, y fiebres malignas. La cólera apaga la razon, perturba la vista y el habla, da temblores, sofocacion, cólicos, y otros males. En los enfados, el hombre mas juicioso se parece á un imbecil, dice Zimmermann. Para abochornarlos, y corregirlos, Sócrates y Lavater proponen dar un espejo á los iracundos, á quienes Séneca llama abiertamente locos. Evitemos esos crueles movimientos, que nos perjudican, y degradan: es imposible destruirlos, pero es preciso moderarlos.

El hombre sin pasiones no sería mas que un automa: el hombre dado á ellas, es menos que un bruto: el hombre superior á ellas es el verdadero filósofo, que nació para Médico práctico. Adquiriendo el justo señorío sobre nuestros pri-

meros ímpetus, ó agitaciones morales, resultan virtudes del deseo, y de la aversion; pues solo se busca lo bueno, y se repudia lo malo. Entonces la envidia refrenada pasa á noble emulacion. La desconfianza se transforma en prudente cautela; la ambicion reprimida queda en esperanza modesta. Los zelos honrados estimulan á contraer nuevos méritos: la fogosidad no pasa de viveza: la inquietud se convierte en calma, el disgusto en serenidad, y la venganza en indulgencia. Los movimientos tumultuarios de un amor violento se arreglarán al compas de la moderacion; y la concupiscencia ardorosa cederá su lugar á la dulce emocion de un cariño apacible y sosegado, á las caricias de una fina amistad, al atractivo de una fiel benevolencia.

De este modo libre el Médico práctico de la tiranía de las pasiones, es dulce, tranquilo, amable, honesto, generoso; obra siempre con madura reflexion, con equidad, y con justicia. ¿Como podrá faltar á esta, quando los Tribunales superiores fian á su dictámen la absolucion del reo, y el castigo del inocente? De su informe pende frecuentemente la adjudicacion de una herencia; el fallo de muerte; y lo que es mas, la publicacion del eterno oprobio y deshonor::: No hay peligro, no; la integridad del Médico corresponderá siempre fiel á la confianza, que merece su

profesion; porque su honradez y su virtud es superior á toda prueba.

Es incorruptible, é inalterable: el sórdido interés no abre brecha en su alma. Sabe, como Epiménides, preferir un ramo de olivo, símbolo de la paz interior, á los cuantiosos regalos que pueden turbarla. Sabe, como Crátes, perder los tesoros, para no perderse por ellos. Sabe decir, como Phocion á Harpalo, "lleven el dinero, y déxenme ser hombre de bien," á pesar de ofrecerle 700 talentos, que son siete cientos mil escudos. Y sabrá á su muerte repetir con Séneca el filósofo á sus hijos, que si no les dexa riquezas en su testamento, les dexa á lo menos su vida por deschado, para inmortalizar su gloria.

Su corazon ilustrado puede mas que todos los alagos del vicio: acostumbrado á vencer los placeres, como Aristippo, no es menester que los huya como Anthístenes. El pudor, ese contrapeso moral á la impulsión instintiva de los sexôs, hallará en sus brazos la mas honesta y segura acogida; y la sencilla y amable inocencia puede descansar tranquila en la discrecion de su amparo. Alábase, y con razon, la continencia del jóven Alexandro, y la del primer Scipion: la de aquel quando hizo prisionera la bellissima esposa de Darío; y la de este, que hallando en Cartago á la hermosa aragonesa, futura nobia de Indibilo,

se la devolvió intacta. Pero no hay Médico honrado, que no repita muchas veces, casi sin sentir, y por via de costumbre, esos decantados actos de heroismo; como que, segun el juramento de Hippócrates, forman una parte elemental de su conducta; Tal pues debe ser el carácter delicado del Médico, que reputa obligacion en sí, lo que de los mas grandes hombres se cuenta por maravilla! Pero solo el que sabe resistir los atractivos del sexô, merece llamarse hombre cabal. La fábula cuenta que Hércules trocó la clava por la rueca, engañado por Omphale. La historia sagrada refiere de Sanson, que perdió sus fuerzas en las manos de Dalila. La historia antigua dice, que Alexandro quemó en Persépolis el suntuoso palacio de Xérxes, por sugestion dañina de la famosa Tháis; y que Pericles declaró la guerra á Sámos, por adular á la bella Aspasia de Milet.

Nada de esto ignora el Médico instruido; y sabedor del poder de las pasiones, redobla sus conatos por vencer las mas dificiles. Así es generoso hasta el extremo; pues entre sus dolientes, ni conoce enemistades, ni conserva rencor: lo primero que olvida, es el resentimiento. Y si se acuerda de alguna injuria, es para ostentar su nobleza, y elevacion moral; es para socorrer, si cabe, con mas prontitud, afan, y zelo al mismo que se la haya ocasionado. Baxo este principio el Doc-

tor Low sienta en su medicina legal, que en igualdad de apuro, deben preferirse los enemigos para asistirles con heróica complacencia. Por igual principio, de hacer bien sin esperar recompensa, volamos primero al socorro de los pobres; porque en estos clama mas la humanidad, como mas afligida y mas necesitada. Y al exemplo de Tito Pomponio Attico, quiere mas antes el Médico favorecer á los desvalidos, que espontanearse á merced de los poderosos. Y así los Escoseses, despues de las batallas, curaban primero las heridas de sus enemigos que las suias propias, con una generosidad muy digna de imitacion.

De este modo la práctica de la medicina induce el hábito de la beneficencia; haciendo de sus profesores unas verdaderas, é inagotables fuentes de consuelo, para templar la sed del bien, que las dolencias quitan á los débiles mortales en esta vida de dolor, y de miserias. Conocen, que, para ser feliz, no bastan las ciencias sin las costumbres; y que estas valen y pueden mas que todo, segun lo notaron muchos sabios, despues de Platon, y Horacio.

Las del Médico son tan puras y bienhechoras, que nunca piensa mas que en hacer bien; y el valimiento que logra con los magnates, todo lo emplea en favor de ellos mismos, y de los demas, que lo necesitan. Así tenemos que el Médi-

co Stracio, con sus prudentes consejos, conservó la union fraternal entre Attalo, y Eumeno, Rey de Pérgamo, evitando con su poderoso influxo la division, y quizas la destruccion de aquel estado. Erasistrato, distinguido y premiado por Seleuco Rey de Syria, solo empleó la fuerza de su confianza, para curar á Antiocho Sóter su hijo, haciendo que el padre le cediera á Estratónice por esposa. Apolófano, Médico de Antíocho, animado unicamente del deseo de la pública felicidad, se aventuró á hablarle contra Hérmiás, á quien temblaba toda la corte. Pues, qual otro Pericles, el Médico honrado es mas amante del bien público, que del suio propio. Modernamente el Dr. Zimmermann por su valimiento, reconcilió á Mr. Friz con el gran Federico de Prusia.

Por tanto, si la beneficencia es el objeto, la base, y el primer elemento de la medicina; y si la historia nos enseña á alabar los hombres, solo por el bien que hicieron; ¿que héroes podrán sostener la comparacion con los Médicos? Si en la antigua Roma se preferia el honor de salvar la vida de un ciudadano al de matar á muchos enemigos; ¿quien de los conquistadores tendrá valor de parangonarse con Hippócrates? ¿Quien merece mayor reconocimiento, Alexandro Traliano el Médico, que intrujo el primero el uso interior del hierro, como remedio; ó el primer guer-

rero, que enderezó el hierro de las hoces, y las convirtió en espadas? ¿Quién, Acreon de Agrigento, que inventó las hogueras, para desinfectar el aire; ó Vespasiano, que, en el lago de Geneza-reth, lo infestó con el deguello de seis mil quinientos hombres? ¿Quién, Empédocles, que hizo tapiar el boquete de una cordillera de montes, por evitar un viento austral malsano; ó el que hizo taladrar un monte, para invadir una poblacion numerosa? ¿Quién, Xérxes, que intentó cortar el istmo del monte Athos, por sola vanagloria; ó Lancisio Médico de Clemente XI., que secó las aguas del rededor de Roma, dando con esto admirable salubridad á muchos pueblos de Italia? ¿Quién, César, que con sus guerras se calcula que hizo perecer tres millones de hombres; ó Jénner el descubridor de la vacuna, que con ella conserva la vida anualmente á muchos mas? (a)

¡Ah! Desengañémonos: la humanidad, la dulce humanidad, solo descansa tranquila en el se-

(a) En la primera epidemia de viruelas, que hubo en México, en el año de 1545, murieron 8000 habitantes: y en la segunda en 1576, perecieron 2.0000, segun el cálculo de Torquemada. Aun en Europa, donde son menos mortíferas, llevan un quinzavo de la poblacion, segun Odier, sin contar con otros muchísimos, que dexan feos, estropeados, é inútiles despues de grandes trabajos, y dispendios.

Y así en prueba del desinterés médico, baste calcular el lucro cesante por la vacunacion, cuyo hallazgo y transmision se debe á las luces y filantropía de sus dignos profesores, que se congratulan con el inmortal Jénner, por redimir á la humanidad de la asquerosa y dañina plaga de las viruelas, con un medio tan inocente y gratuito.

no de la medicina, en tiempo de paz, y en el de guerra, en el de la privacion, y en el de la abundancia.

El Médico es el hombre mas amigo del próximo, á él consagra sus desvelos, sus luces, sus dias. Todo lo sufre gustoso, el que hizo la abnegacion de sí mismo, para dedicarse al bien público. Solo por su amor prueba Lind el suero infecto de la sangre de los escorbúticos. El Dr. Stark padece resignado, por mas de dos años, las resultas del venéreo, que se inoculó al disecar un cadáver. Por lo mismo el Dr. Samoilovitz, primer Médico de los exércitos de la emperatriz Catalina, se inoculó la peste en 1773; lo que repitió el Médico Eusebio Valli en Constantinopla en 1803 para mejor observarla. Con igual motivo otros renovaron con la fiebre amarilla los mismos ensayos llenos del mas horroroso peligro, solo inferior á las heróicas miras de su imponderable humanidad. Mr. Boullon se inoculó felizmente el jugo del venenoso toxícodendron. Scharringer, profesor de Viena, fue pronta víctima de los experimentos, que hizo en su propio brazo, con el ácido prúsico puro. Y pudo tambien serlo sin duda el atrevido Bosquillon, quando metió expresamente varias veces el dedo en la boca de los rabiosos, para probar que su saliva no es contagiosa. El peligro de la infeccion y del contágio

no hacen sinó encender mas su caridad, y animar su zelo: y completa el sacrificio de su existencia, juntándole el de su reputacion. Pues ocupado tan solo, como Arístides, en ser hombre de bien, no afecta el parecerlo; porque ya Sócrates le dijo que el exterior aparato de pompa religiosa ofende á la Divinidad, quando falta la rectitud del juicio, y la pureza del corazon.

Por iguales principios el buen Médico, que aprendió de Simónides á alabar lo bueno y callar lo malo, disminuyendo, y ocultando las imperfecciones de los otros; es el que se apresura, al exemplo de Hpp., Celso, Sydenham, y Boerhave, á publicar sus errores, para evitar que otros incurran en ellos. Por esto es su veracidad exâcta, é infalible; porque la reconoce indispensable para los progresos de la facultad, y consuelo de los dolientes.

Para él, es escusado el juramento, y á la manera que los jueces de Athénas no se lo permitieron á Xenócrates, diciéndole que su probidad no le dexaria mentir; así la simple certificacion, la sola palabra del Médico, vale por el mas auténtico testimonio de verdad. Ya los Scítas dixeron á los Griegos, en boca de Quinto Curcio, que los que tenian la avillantez de engañar á los hombres, no tendrían delicadeza, é escrúpulo, para no burlarse de los Dioses; pues aquel solo es ciertamen-

te temeroso de Dios, que en todas sus promesas, y dichos se halla siempre fiel, y verdadero.

El Médico dice siempre la verdad, por virtud; y tan solo por virtud, la calla algunas veces *Qualche volta é virtu tacer' il vero*, en sentir de Metastasio. En este caso su secreto es no solo inviolable, sinó tambien imperceptible: quedan sus labios cerrados con el sello de la discrecion, y tan bien tapados con el velo del disimulo, que ni la mas fina suspicacia pueda entrever motivo de sospecha. Con todo, ni aun entonces miente, ni de chanza, siguiendo el consejo de Epaminondas; pues, qual otro Tito Pomponio Attico, ni dice, ni sufre falsedad ninguna. Sola la prudencia es la que enseña el arte de hablar á tiempo, y el de callar sin afectacion. Si ese falta de la medicina, á Dios para siempre la quietud de las familias, la armonía de los matrimonios; á Dios para siempre la paz de la sociedad.

Esta le debe imponderables bienes; y comunmente la ingratitud y la calumnia son el precio de tantos servicios. En el año de 1721 en la América del norte, donde las viruelas, aunque menos frecuentes son mas funestas, quiso un Médico inocularlas para disminuir sus estragos violentos; y empezó á dar exemplo en sí, en su muger, en sus hijos, y criados: pero en pago de su heróica beneficencia, faltó poco para darle la muerte.

Bien al intento nos dice Zimmermann, que *el buen Médico ha de tener bastante espíritu, para despreciar la injusticia de los hombres; porque los buenos Médicos se habitúan á hacer bien sin sentirlo; y el comun de los hombres, por lo mismo, se habitúa á recibirlo, y á despreciarlo. Debe siempre suponer que el ignorante ha de llevar mas séquito, porque es mas parecido á los que le juzgan: así como el mérito real tiene que sufrir la doble persecucion de la ineptitud, y de la envidia. Solo hechan menos al profesor sabio, modesto, y afable, quando tienen que chocar con otro, que es por desgracia altivo, descortes, é impetuoso. De otra manera se desconoce el valor y precio del que tiene la debida delicadeza en preguntar, sin tener nada de grosero, ni aun de curioso. No se estima el tino en inquirir con maña un importante secreto, para guardarlo con la mayor fidelidad, y sin sombra de misterio: no se pesa bien aquel aire de bondad que da infinito valor á las menores palabras.*

Mas ni por eso el alma del Médico decae: siempre ofrece una docilidad que no es floxa, y un carácter que no es inflexible; y por ambos respetos se dexa querer, y se hace respetar. A todos ostenta candor sin escrúpulo, alegría sin petulancia, entereza sin orgullo, prudencia sin sequedad, y virtud sin ridiculez, ni exceso. En todos sus hechos

se ve, que es cauto sin miedo, intrépido con cor-
dura, y constante sin obstinacion, para lograr
que repitan de él, lo que Veleyo Patérculo escri-
be de Scipion Emiliano, á saber "que en su vida, ni
hizo, ni dixo, ni pensó cosa que no fuese laudable".

Su decidido amor al bien, y al orden social,
le hace el mas adicto y afecto al Soberano, ci-
frando su mayor gloria en el respeto y obedien-
cia, que le presta siempre con inalterable fe, y
regocijo; creiéndose feliz en la sumision con que
disfruta en paz de sus paternales decretos y bon-
dades, emanadas del indisoluble vínculo de su ili-
mitado poder, y acendrada justicia. Así es tam-
bien muy obediente á la ley, y amante de su pa-
tria. Por ella supo Hpp. despreciar con igual en-
tereza los inmensos regalos, y las terribles ame-
nazas de Artaxérxes. Por ella renunció Háller el
lisonjero título de Baron del imperio; dejándonos
en su justo patriotismo, nobles y bellos dechados
de desinterés, y de modestia.

Todas estas virtudes, las sublima y perfec-
ciona el Médico, elevándolas hasta el nivel de la
Santa Religion. Es el agravio mas atróz, y el mas
injusto testimonio, que algunos débiles de cabeza
levantaron contra las ciencias, el creerlas corrup-
toras de las costumbres. La mayor pureza de es-
tas se ve entre los Médicos mas distinguidos de
todos los tiempos. La antigüedad venera á Hpp.,

Galeno, y otros muchos. Modernamente el Ille. Vanswieten, por seguir el Catolicismo, dexó la Holanda, y no quiso admitir los generosos ofrecimientos de la Inglaterra. Es notorio que el Dr. Zimmermann trabajó mucho, y con provecho, á favor de la Christiandad. Solo los semi-sábios, que ganarian en desaprender lo que estudiaron, alteran con su arrogancia los principios de la sana moral. Ignoran que "esta, segun el Médico Herrenschen, es la conformidad de las acciones del hombre con el órden eterno de las cosas, ó con la razon final del Criador:" ignoran que el que intente derribar las columnas del Templo, perecerá, como Sanson, entre sus ruinas.

El Médico y sabio verdadero, conocedor de las maravillas de la naturaleza, admira en el último de los seres mil prodigios de la omnipotencia; y en éxtasis respetoso, se eleva y acerca al trono de la Divinidad, para adorarla en su razon con el puro espíritu de la sincera humildad, que le inspira la grandiosa idéa, que se formó del Ser supremo. El sabio en el templo, y fuera de el, respeta la presencia de Dios, que lo halla en todas partes; y en todas ve marcado el sello de sus bondades, y palpa evidentemente una providencia sagaz, é inagotable en beneficios, ocultos solo á los ojos del ignorante.

Emulo y partícipe del poder del Autor de la

naturaleza, no parece sinó que el Médico tiene tambien la llave, y el secreto del tesoro de los prodigios: pues con los oportunos remedios, calma y muda en placer el mas agudo dolor, disipa las mas horrendas convulsiones, detiene los fluxos de sangre, da movimiento á los paralíticos, nueva salud á los moribundos, y resucita á los ahogados. Dice pues bien Tullio, "sábeta que eres un Dios en la tierra."

Mas no por eso el Médico christiano incurrirá en la extravagante manía de aquel de la Grecia, que se creió tal, quando en sus cartas decia "Meneerátes Júpiter desea al gran Filippo salud." Y ese discreto Emperador le respondió "Filippo desea á Meneerátes salud, y juicio." Léxos de este delirio, nosotros conocemos y confesamos, que no cura á los enfermos, ni el que manda, ni el que prepara las recetas; sinó el Ser de los seres que les dió la virtud, y está en los cielos. Así es que adorando con sincero respeto al Ser por esencia, se honra el Médico, reputándose como el instrumento vivo de sus bondades. Y quanto mas ilustrado, es mas religioso por evidencia, y mas humilde sin hipocresía.

Sabe que el ser bueno, es un deber con interes para el individuo, y un provecho para la sociedad; que trae consigo el mérito, y la recompensa; que arranca, quando no el encomio, á lo

menos la admiracion hasta de los malos. Sabe, que estos hacen la guerra á los otros, y no hallan paz ni aun en sí mismos; pues las mayores satisfacciones se les acibaran con los mayores remordimientos. Por el contrario, el justo goza en su interior una calma inalterable; y en medio de los infortunios, se acoge tranquilo al seno de la inocencia.

El que al mérito de un saber profundo, dice Dacier en la vida de Hpp., reúna el de hombre de bien á toda prueba, ese es el único digno de egercer la medicina. Este logrará de todos sus enfermos la entera confianza, con que el gran Alexandro distinguió á su Médico llamado Filippo; pues hallándose en gran riesgo, y con aviso de Parmenion, su General y confidente, de que aquel estaba comprado por Darío, con doce millones de reales (mil talentos) y ofrecida su hermana por Esposa, para acabar con su vida; tuvo la heroica serenidad, sin detenerse un instante, de tomar con una mano el remedio que le dispuso Filippo, y luego despues con la otra le entregó á este mismo la carta de Parmenion. ¡Admirable rasgo de magnanimidad en uno y otro! ¡Singular entereza la de Alexandro, cuió mérito estriva y lo debe todo á la sólida virtud de Filippo; que fue tal y tanta, que bastó sola para dar á entrambos inmortal celebridad, y fama de heroismo! Al primero,

por su atrevida, pero bien fundada, esperanza; y al segundo, por su acendrada fidelidad, y noble desprendimiento.

Tales son los efectos de la precisa union de la ciencia y la virtud, en el estudio y práctica de la medicina. Pues un hombre, que tiene todas las armas, y todos los conocimientos para dañar con seguridad, y menos estrépito: un hombre, que puede dar la muerte con todas las apariencias de un beneficio, y baxo la infalible garantía de la impunidad, y aun con el derecho á cobrar la recompensa de su crimen; un hombre, que, ademas de los instrumentos físicos para atentar como quiera contra el próximo, es sabedor de todos los flancos morales, por donde puede invadir á la inocencia, asestar sus tiros al candor, y tomar victoriosamente las avenidas á la debilidad del bello sexô. Este hombre, que posee, mejor que Epiménides, el arte de manejar el corazon, de preveer, excitar, dirigir, y calmar sus movimientos; que es el maestro consumado en el cambio de los mas íntimos arcanos, y resortes de la sensibilidad: ese hombre, que es el depositario de las flaquezas de los demas, necesita una fuerza, una virtud, una grandeza de alma superior á todas las pasiones, para no abusar de ellas. Necesita tener un temple heróico, para no envolverse, ni ceder á la intriga, al halago, á la sugestion, ni al provecho engaño-

so del vicio:::. El que, sin tener que renunciar á los honores y reputacion de virtuoso, puede permitir ensanche á sus afectos, y no pierde de su probidad; este si, este si, que tiene una idéa exâcta de la virtud; este si, que conoce que esa palabra no es un nombre vano, y que su práctica es una cosa divina.

Pero el que no pueda vencer el atractivo de una coitura, la tentacion cruel de la sed del oro, y la certeza de la indemnidad, para no cometer, ni soñar jamas ninguna especie de delito; ese debe guardarse de profanar el santuario de una ciencia, que necesita la virtud, que á él le falta. No exponga su debilidad á pruebas, que no es capaz de resistir, y no envilezca la mas noble de las facultades.

Jóvenes, he dicho lo bastante para convencer vuestro entendimiento, y excitar los generosos afectos de vuestro corazon: conservádlos siempre, y engrandecedlos.

DIXE.



